

LA CRUZ, PIEDRA DE TOQUE DE LA FE

JESSIE PENN LEWIS

I

LA SANGRE DE SU CRUZ

«La iglesia del Señor, la cual Él adquirió para sí por medio de su propia sangre.» (Hch. 20:28)

Uno de los resultados de las corrientes de movimiento en el pensamiento de hoy, del que muchos no se dan cuenta, es el efecto que tienen en la Iglesia que profesa ser de Cristo; la Iglesia, en general, no se da cuenta, ni tampoco gran número de verdaderos creyentes en el Evangelio del Calvario.

El apóstol Pablo habla de «vientos de doctrina», indicando con ello que hay movimientos que podríamos llamar «aéreos» de pensamiento doctrinal que tienen un efecto en las almas afectadas como si se tratara de niños llevados de acá para allá por una niñera: «zarandeados por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina» (Ef. 4:14). La palabra traducida por «viento» se refiere a aire en movimiento, o corriente de aire. Son pocos los predicadores y maestros que se dan cuenta hoy de la existencia de estas corrientes y del peligro de ser arrastradas por ellas. Muchos creen que han llegado a la doctrina que creen como resultado de estudio cuidadoso y deliberado, sin darse cuenta del hecho revelado por la Escritura, del «príncipe de las potestades en el aire», que origina y gobierna estos movimientos aéreos de pensamiento, ciega las mentes de los no creyentes, haciendo creer a las víctimas que son libres.

Es fácil reconocer el origen satánico de estas corrientes de pensamiento doctrinal por las palabras a las que se oponen, o que han dejado de usar, «por ser anticuadas para la gente de hoy».

Una palabra clave es la sangre de Cristo en relación con el camino de la salvación. Desde hace alguno años ha venido disminuyendo el uso de esta palabra, hasta que casi hay una rebelión abierta contra ella al presente entre los predicadores que desean estar al día, o bien, por parte de algunos que conocen la verdad del Evangelio, hay un silencio sobre el tema sin tener por base un propósito deliberado, o se sospecha de la influencia del «pensamiento moderno» («vientos satánicos») sobre la mente. Hoy la fuerza en el pensamiento moderno de estas «corrientes de aire» es muy fuerte, y se necesita una visión clara y ser revestido por el poder divino para resistir una presión.

La cuestión es: ¿Podemos minimizar o eliminar el mensaje del Evangelio, tal como se presenta en el lenguaje de la Biblia, sobre el tema sagrado de la sangre de la cruz, sin colaborar con el príncipe de las potencias del aire, y causar la ruina eterna de multitudes de personas?.

¿Existe algún «Evangelio» aparte de la sangre de la Cruz, o una presentación del Evangelio sin el mensaje de la sangre? ¿Pueden los predicadores del Evangelio ceder a las corrientes doctrinales de hoy, y usar la palabra «vida» (la sangre es la vida) en vez de la palabra «sangre», sin entrar en componendas con el espíritu de la época y doblar las rodillas ante Baal su príncipe? Teniendo en cuenta estas preguntas vayamos a la Palabra de Dios y consideremos la historia del Calvario. Iremos primero a Juan 19:33, 34 y con reverencia leeremos las palabras de Apóstol, cuando describe lo que vio mientras estaba delante de la Cruz

de nuestro Señor Jesús. Se nos dice que cuando los soldados le hallaron muerto, uno de ellos le perforó el costado con una lanza, y de la herida salió «sangre y agua».

Es digno de ser notado que aunque Juan había visto muchos milagros maravillosos realizados por el Hijo del hombre antes de su muerte, sólo hasta que ve este milagro no se siente movido por el asombro y el temor a decir «el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad» (v. 35). ¿Qué fue lo que le dejó asombrado en lo que vio que Juan se aparta de su modestia natural, al relatar las obras portentosas de Cristo, para afirmar y reafirmar la verdad de sus palabras? ¿Qué vio el apóstol? Sangre y agua que brotaban del costado de un cadáver ¿Fue esto «natural» o fue uno de los milagros de la Pasión y muerte del Hijo del hombre, que elevan su muerte por encima del reino de lo corriente, mostrando que ni murió como «mártir» ni como un «ejemplo», sino como un Dios encarnado, expiando el pecado de una raza caída, y proporcionando con su propia sangre vertida, una «fuente» para la purificación de la culpa y el poder de los pecados de millones de seres humanos pecadores? Pero volvamos atrás un poco en la historia sagrada para ver lo maravilloso que fue el poder redentor del Hombre-Dios al «derramar su sangre» para la remisión de pecados, y que fue sólo posible por medio del poder del Espíritu Eterno que El como «verdadero hombre, de hombre verdadero» se ofreciera a sí mismo sin mancha ante Dios. Al leer del tipo en Levítico, a la luz del antitipo de los Evangelios, vemos cuan verdaderas eran las palabras escritas sobre el Sumo Sacerdote: «Y desollará el holocausto» (Lv. 1:6), y lo maravilloso que es la descripción de Isaías, cuando escribió 400 años antes de que el Cordero del Calvario muriera en el Gólgota, que fue «herido», «molido», «quebrantado», y que «fue desfigurado de tal manera su aspecto que no parecía hombre, y su figura no era como la de los hijos de los hombres».

Sigamos ahora los estadios del sacrificio expiatorio del Cordero provisto por Dios, y veamos cuan completo y total fue el derramamiento de su sangre para la remisión de los pecados del mundo. Primero fue:

1. EL SUDOR DE SANGRE en Getsemaní (Lc. 22:44). Lucas que era un médico, es el único que relata esta parte de la angustia de Getsemaní. El Dios-Hombre podía sentir la «fatal distensión del corazón, la frialdad de las extremidades, la respiración dificultosa», cuando «grandes gotas de sangre engrumecidas caían sobre la tierra», todo ello apuntando a la «ruptura del corazón causada por la agonía mental». Pero no debe morir en Getsemaní. Con el corazón a punto de una ruptura, grita al Padre (He. 5:7), y «aparece ante él un ángel del cielo para fortalecerlo» (Lc. 22:43), y por medio del poder del Espíritu Eterno, el Dios Encarnado siguió adelante en el camino del derramamiento de sangre.

2. LOS AZOTES en el patio de Pilatos (Mt. 27:16). Aquí las tiras de cuero del azote, cada una de ellas armada de un cabo metálico aguzado, cortaron profundamente y rasgaron la carne, hasta que toda su espalda pasó a ser una enorme herida. Y luego:

3. LA CORONA DE ESPINAS (Mt. 27:29, 30) le fue colocada sobre la frente e hincada en su cabeza hasta que salió a chorros la sangre de su rostro que no parecía una figura humana. Luego ésta escribió: «Le crucificaron», y leemos de: SUS MANOS Y PIES TALADRADOS (Lc. 23:33; Jn. 20:25), de los cuales brotó de nuevo la sangre, por lo que cada parte de su cuerpo contribuyó a la corriente sacrificial en cumplimiento del tipo («el sacerdote desollará el holocausto») (Lv. 1:6).

Un médico cristiano indica en relación con este relato extraordinario de sufrimientos físicos, suficiente una sola fase del mismo —la de Getsemaní— para terminar con la vida de un hombre sano y fornido, que la Divinidad del Dios Encarnado en forma humana, se manifestó una y otra vez, por ejemplo: (1) El «yo soy» del Jehová-Jesús, cuando la turba fue a buscarle y «retrocedieron y cayeron a tierra» (Jn. 18:6) hasta que les permitió de modo voluntario que le ataran y se lo llevaran. (2) El milagro físico de la Cruz, en que a la hora

novena de estar colgando del madero, «gritó en alta voz» (Mt. 27:46); cuando se había sufrido una gran pérdida de sangre, con la lengua, boca y cuello reseca (Sal. 22:15; Sal. 69:3) generalmente era imposible articular palabra. (3) La majestad y plena conciencia de la Deidad, cuando de modo deliberado inclina la cabeza y «entrega el Espíritu» (Mt. 27:50), con el grito «consumado es». La ruptura del corazón siguió al fin su curso.

Había sido aplazada, podemos decir de modo reverente, hasta que todo el derramamiento se realizó de modo pleno. «Es la sangre que hace expiación por el alma» (Lv. 17:11). Ahora había sido derramada de modo total, en medio de la vergüenza (Sal. 69:7), y el horror (Sal. 55:5) sin paralelo, pero con un resplandor de la Deidad que hizo que el camino de vergüenza indescriptible brillara con la gloria de un vencedor.

Aquí alcanzamos el punto del milagro, cuyo relato provoca la exclamación enfática de Juan, declarando que él «vio» aquello y afirma «que era verdad». ¿Qué fue lo que vio? El derramamiento expiatorio había terminado. La víctima-vencedor colgaba sin vida del madero, cuando con asombro para Juan, al dar la lanza del soldado en el corazón salió de él sangre y agua. Un médico cristiano escribe respecto a este milagro: «Algunos creen que el «agua» era fluido del pericardio (la membrana serosa que cubre el corazón), pero este fluido es muy pequeño en cantidad, y es de una consistencia distinta de la del agua. Otros dicen que era el suero derivado de la sangre, pero el suero sólo se separa de la sangre cuando hay coagulación. La Escritura nos dice «agua y sangre, no coágulos y suero...». Había también otra cosa que vio Juan, la maravilla que sólo pueden reconocer los médicos. «En el cuerpo humano», escribe el médico cristiano mencionado antes, «si se hace una herida incisiva, como por el filo de la lanza, antes de la muerte, aparece inmediatamente una herida abierta. Los músculos vivos siempre se retraen cuando se cortan, porque se hallan distendidos y queda un espacio abierto.

Pero una herida hecha después de la muerte no deja una herida abierta. Las fibras musculares muertas son inelásticas y no se retraen...». Con todo, el Señor le dice a Tomás después de su resurrección «mete tu mano en mi costado; y no seas incrédulo, sino cree...» (véase Jn. 20:20, 25, 27, 28).

«Sangre y agua» del costado herido. ¿No tenemos aquí la fuente abierta de la cual ha cantado el pensamiento de los santos, y en la cual los pecadores más sumergidos en el pecado se han limpiado a millares desde la tragedia-victoria del Gólgota? ¿Cómo es posible traducir este mensaje en «términos modernos» con el mismo significado, y con la certeza del mismo testimonio del Espíritu Santo, que hace que el que cree en la eficacia de la sangre, sepa que no hay nada entre él y el Dios Santo? Aún sigue siendo verdad que: «Hay una fuente llena de sangre vertida por las venas de Emanuel, y el pecador que en ella se limpia ve emblanquecidas sus manchas y culpas.»

Como el resplandor de la Deidad acompañaba la trágica muerte por la propiciación de los pecados de todo el mundo (1 Jn. 2:1), del Dios Encarnado, el lenguaje que da el mensaje de la muerte expiatoria debe ser entendido tal como es usado en el cielo por aquellos que ven el Calvario como Dios lo ve, y no según la mente carnal de las criaturas caídas.

«Después de esto miré, y vi una gran multitud..., cubiertos de ropas blancas... Entonces uno de los ancianos me dijo... ¿quiénes son y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Éstos son los que han venido procedentes de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido con la sangre del Cordero» (Ap. 7:9-14).

La sangre derramada del Hijo de Dios es descrita aquí como una «fuente» en la cual se lavan millares de espíritus manchados por el pecado, los cuales son limpiados. El «agua» que acompaña la sangre, del

«costado abierto» del Cordero de Dios, en el lenguaje del cielo describe «el río de agua de vida procedente del trono de Dios y del Cordero» (Ap. 22:1). Porque la Cruz del Gólgota fue el trono en la tierra, del que colgó el Dios Encarnado, y el trono en el cielo, tiene en medio, por toda la eternidad, un «Cordero que ha sido inmolado» (Ap. 5:6).

Pero la muerte expiatoria del Calvario significó más que la propiciación por los pecados del mundo. Tenía un significado representativo que Cristo reveló al apóstol Pablo, una vez hubo ascendido Él a la gloria. El Evangelio que Pablo predicó no fue el resultado de su crianza judaica, como puede verse por el hecho de la acerba oposición que sus compatriotas judíos hicieron al mismo.

El evangelio de la «sangre» fue un hecho revelado, dado a conocer a Pablo por el mismo que había derramado su sangre en el Gólgota. Fue Él, también, quien reveló a Pablo (Gá. 1:11, 12) que en todo lo que había pasado, había sufrido como el representante de la raza caída, siendo «hecho pecado» para sufrir en su profundidad, el castigo del pecado. Y aun más, identificado con el pecador, para llevar a la cruz al pecador, así como sus pecados (véase Ro. 6:1-14).

Por tanto, aunque cantamos con grato corazón: «Bendita fuente de sangre, revelada a un mundo de pecadores», y reconocemos que necesitamos permanecer perpetuamente bajo el poder de su corriente purificadora, recordemos que la sagrada fuente de sangre no fue abierta para limpiar o para cobijar a la creación caída.

Aquí viene el mensaje del apóstol Pablo, que repite una y otra vez. El Dios-Hombre murió en la Cruz. Derramó su sangre en expiación por el pecado, pero también identificado con el pecador por el cual murió, para que el pecador mismo muriera en esta Cruz, identificado con su sustituto. Por tanto, el apóstol reitera: «Habéis muerto» (Col. 3:3, 5), «todos murieron» (2 Co. 5:15), «nosotros que morimos» (Ro. 6:2), «ahora habéis muerto» (Ro. 7:6). «Los que son de Cristo han sido crucificados para la carne» (Gá. 5:24), y habiendo muerto con su Salvador, pasan con El a un nuevo mundo, para andar en novedad de vida.

La «sangre y el agua», por tanto, que el apóstol vio atónito cuando estaba junto a la Cruz de Cristo, tiene pues un significado doble, de vida y muerte para todos aquellos para quienes Él murió. Muerte con Aquel que murió en la Cruz, y un influjo de «agua de vida» en poder vivificante, de modo que del redimido fluyan ríos de agua de vida.

LA PRECIOSA SANGRE DE CRISTO

I. LA SANGRE DERRAMADA

1. Como Propiciación... (Ro. 3:25).
2. Como Redención... (1 P. 1:19, Ef. 1:7).
3. Como precio de compra (Hch. 20:28).
4. Como base de paz... (Col. 1:20).
5. Como base de «justificación», esto es para ser declarados sin culpa... (Ro. 5:9).

II. LA SANGRE DENTRO DEL VELO

1. Él entró por medio de la sangre (He. 9:12). (Véase He. 9:7; 9:25)
2. Los creyentes tienen acceso por la sangre (He. 10:19).
3. Los creyentes son «acercados por la sangre de Cristo»... (Ef. 2:13).

III. LA SANGRE APLICADA AL CREYENTE

1. El tipo de «rociamiento» por la remisión del pecado (He. 9:18-23). (Véase también He. 12:22-24)
2. La sangre para la conciencia (He. 9:14). (Véase también He. 10:22)
3. La sangre «santificando» o poniendo aparte para Dios (He. 13:12).
4. La sangre del pacto base para la obra de Dios en el alma (He. 13:20,21).
5. «... librados de nuestros pecados por su sangre...» (Ap. 1:5).

IV. LA CONDICIÓN PARA LA APLICACIÓN PERPETUA DE LA SANGRE

« Pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:7).

LA SANGRE DEL CORDERO DERRAMADA Y APLICADA POR EL ESPÍRITU DE DIOS ES EL ARMA DE VICTORIA CONTRA SATÁN «Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte...» (Ap. 12:11).

«Preciosa sangre, por ti vencemos en la dura lucha contra el pecado y contra Satán, por su poder.» (Himnos de Consagración y Fe)

II LA «CRUZ» Y LA «SANGRE»

¿Qué diferencia hay entre las dos? Un evangelista, procurando conocer el pleno sentido de Gálatas 2:20, escribió lo siguiente: «Creo que tengo una comprensión más profunda de lo que significa la Cruz de Cristo con respecto a la victoria. Una mañana me levanté con un terror espantoso que se había apoderado de mí. Rogué al Señor que me mostrara la forma de librarme de él, porque sabía que era temor del pecado. Oré: "Santo Espíritu, sepúltame en la muerte de Cristo, y aplícame todo el poder de la sangre." Pareció como si sólo repitiera un "ensalmo", hasta que dije: Aplícame el pleno poder de la VICTORIA ganada sobre Satán y sus huestes en el Calvario, y líbrame... Cinco minutos después estaba cantando: "Alabado sea Dios, de quien fluye toda bendición..."»

Cuando leemos esto nos preguntamos: ¿Cuál es la diferencia entre pedir por «todo el poder de la sangre», y por «el pleno poder de la VICTORIA ganada sobre Satán y sus huestes en el Calvario»? Vamos a dejar de lado la cuestión teológica. Nuestro propósito es hacer constar simplemente la experiencia de la Palabra, de modo que podamos conocer lo que realmente es operante en las realidades de la vida de hoy, en momentos de peligro como los que estamos pasando.

La diferencia entre pedir en 1) el poder de la sangre, y 2) el efecto de la victoria del Calvario, ha llegado a nuestros oídos desde varias procedencias.

Un hermano en Cristo, a quien se mostró la carta anterior, dijo que él había hallado la misma diferencia, aunque para él operaba de distinta forma. En caso de conflicto o tentación, clamaba la «sangre», pero la victoria no llegaba hasta que clamaba: «TODO LO QUE SIGNIFICA EL CALVARIO.» El apropiarse esto como el arma era lo que daba la salvación instantánea.

Otro obrero estaba en un encuentro con poderes satánicos en operación de modo evidente. Se quedó quieto y clamó «la victoria del Calvario» sobre todo el infierno, y al mantener esta actitud y permanecer allí, en el Calvario, se hizo evidente la pérdida del poder del adversario.

I. LA VICTORIA DE LA CRUZ

Fue la apelación al aspecto de la VICTORIA de la obra de Cristo en el Calvario que trajo el testimonio del Espíritu Santo, demostrando que «el príncipe de este mundo ha sido juzgado» (Jn. 16:11), sí, vencido en el Calvario. Esto demuestra que en estos días de severo conflicto con los poderes de las tinieblas hemos de cesar de teorizar sobre el tema y aprender lo que quiere enseñarnos el Espíritu de Dios sobre estos puntos espirituales, y procurar entender de modo inteligente su significado.

Hay muchos aspectos en la obra consumada por Cristo en la Cruz del Calvario, y cada uno afecta a una necesidad especial en la liberación en la experiencia del pecador. Por ejemplo, cuando un alma necesita del mensaje del Calvario como reconciliación con Dios, no le indicamos la conformidad a la muerte de Cristo, sino que procuramos mostrarle el aspecto que corresponde a su condición, y el Espíritu Santo le da entonces testimonio de la verdad en poder instantáneo.

II. VARIOS ASPECTOS DE LA CRUZ

De la misma manera que hay varios aspectos de la Cruz que corresponden a las necesidades del cristiano, y la diferencia entre reclamar el «poder de la sangre» y «todo lo que significa el Calvario», debe ser aclarada, Dios no quiere que tengamos una creencia supersticiosa en la eficacia de la palabra «sangre», como tienen las almas a oscuras, con respecto al signo de la Cruz. Hemos de entender cuando la verdad sobre la sangre de Cristo es el aspecto apropiado de la obra del Calvario para echar mano de ella por la fe, y cuando la «victoria de la Cruz» es la que cubre la necesidad. Y tampoco hemos de olvidar que las meras palabras sobre la sangre de la Cruz del Cordero no tendrán más valor que las palabras sobre la Cruz, a menos que detrás de las palabras haya una apelación directa a Dios mismo, y que «el poder de la sangre» sea el aspecto particular de la obra consumada de Cristo que cubre la necesidad. Vamos a dejar bien claro que:

III. LA «SANGRE» NO LIMPIA LA «CARNE»

El tema de la preciosa sangre, y todo lo que significa es demasiado grande para entrar en él aquí, pero podemos decir brevemente que: 1) la sangre de Cristo es mencionada con relación al pecado; 2) la Cruz es mencionada con relación a la crucifixión del pecador con el Salvador (Gá. 2:20; 5:24; 6:16), y 3) la victoria sobre Satán, con relación a la muerte en el Calvario (He. 2:14). Todos los pasajes de la Escritura sobre la sangre y la Cruz muestran esto, y dejan claro que necesitamos reclamar las dos para obtener la victoria. El poder de la sangre no tiene que ver con la «carne», que es el campo de operaciones de Satán, sino con el pecado, según 1 Juan 1:7. La «carne» o vida del viejo Adán, no puede ser purificada, tiene que ser crucificada. La sangre es la vida derramada del Hijo de Dios como sacrificio expiatorio por el pecado.

La Cruz habla del lugar en que Cristo fue crucificado, como el representante de la raza caída de Adán.

El contexto de las palabras: «Han vencido por la sangre del Cordero» (Ap. 12:11), muestra que esto se dice de los que vencen habiendo estado en conflicto con Satán como acusador. Estos vencedores nos son descritos como los que «menospreciaron sus vidas hasta la muerte», esto es que VIVEN y OBRAN en el espíritu de la Cruz, y no pueden hacerlo hasta que conozcan primero el mensaje de identificación de la Cruz en la muerte al pecado, y a la vida caída del primer Adán.

Los vencedores son los que conocen la Cruz y han «crucificado la carne» (Gá. 5:24), que han visto su muerte, en la Cruz con Cristo, para el mundo (Gá. 6:14); que pueden dar la palabra de su testimonio a la obra consumada de la redención y la victoria, y se han decidido a seguirle al Calvario y menospreciar sus vidas hasta la muerte.

IV. LA POSICIÓN NORMAL PARA EL CREYENTE

Toda verdad encajaría correctamente con toda otra verdad, si hubiera una comprensión clara de que la Cruz es el punto focal a partir del cual se irradia toda verdad y que la POSICIÓN normal de todo creyente es «estar crucificado con Cristo» según el punto de vista y propósito de Dios (véase Ro. 6:3, 6).

Una lectura cuidadosa de todas las Epístolas de Pablo nos mostrará que «están escritas sobre la base de la Cruz presentada en Romanos 6, el hecho que Dios consigna al Adán caído a la Cruz, y no tiene nada que decirle.

Dios tiene tratos con los creyentes a base de: «En CRISTO HABÉIS MUERTO.» Pero la Iglesia de Cristo, como conjunto, no tiene en cuenta este hecho. Trata de la creación caída como capaz de mejorar, y el significado de la Cruz como el llevar a la muerte a la vieja raza de Adán, que ha caído sin posibilidad de reparación, queda con ello anulado. Notemos también otra vez que:

V. LA «SANGRE» NO PROTEGE O NO DA COBIJO A LA «CARNE»

Necesitamos en gran manera ver esto de modo claro, pues hallamos que en aquellos que no captan la verdad de la muerte de Cristo en la Cruz en su aspecto hacia los hombres, la vida del viejo Adán se está apropiando verdades que pertenecen a la nueva criatura en Cristo Jesús, de lo que resulta la confusión de «puntos de vista» y una extraña mezcla de verdad y error, sostenida por varias secciones de la Iglesia que se profesa cristiana. Esto es serio de un modo especial en lo que se refiere a los conflictos con los poderes satánicos, y cuando los hijos de Dios, por ignorancia reclaman el «poder de amparo de la sangre». ¡SOBRE LA CARNE QUE NO HA SIDO CRUCIFICADA! Porque sin el conocimiento por experiencia del poder crucificador de la Cruz, y una fe continua activa, momento tras momento, de que la «carne» está ahora crucificada y permanece fuera de acción, esta carne sigue activa y está abierta a las operaciones de los espíritus malignos, aunque el creyentes esté reclamando el «amparo de la sangre».

No se puede exagerar la tremenda importancia del hecho que la preciosa sangre de Cristo no fue destinada a «AMPARAR A LA CARNE NO CRUCIFICADA», de la misma manera que no se puede decir que sea una capa para el pecado. Dios no promete amparar o defender por medio de la sangre de su Hijo aquello que ha condenado a la muerte en la muerte de su Hijo.

No es rebajar la eficacia de la sagrada sangre el decir que hace ni más ni menos lo que las Escrituras dicen que hace. El hablar, por tanto, de la sangre como limpiando el corazón de pecado, y no entender como verdad correlativa que el creyente «está crucificado juntamente con Cristo», es no comprender el pleno poder de la obra de redención del Calvario.

VI. CUANDO LIMPIA LA «SANGRE»

La sangre está limpiando continuamente, según 1 Juan 1:7, SOLO AL CREYENTE QUE «ANDA EN LA LUZ, como Dios está en luz».

Para ello tiene que permanecer en el hecho fundamental de su muerte con Cristo. Entonces, y sólo entonces, puede andar bajo el resplandor de la luz divina, y hallar que la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, le está siendo aplicada continuamente para la «limpieza de todo pecado».

VII. IDENTIFICACIÓN EN LA MUERTE CON CRISTO

El capítulo seis de Romanos no es un aspecto de la verdad, sino la VERDAD FUNDAMENTAL sobre la cual tiene que basarse todo creyente que quiere conocer la victoria. No sólo nos revela el mismo corazón del Calvario, sino el mismo corazón de la resurrección. El Calvario significa la identificación por la muerte del

creyente con Cristo, de modo que vive y se mueve en una esfera espiritual de la vida de resurrección. «Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte ya no se enseñorea más de Él. Porque en cuanto a lo que murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto a lo que vive, para Dios vive. ASÍ TAMBIÉN VOSOTROS...» escribe Pablo a los Romanos (6:9-11).

Pero tenemos que ver también que hay un lado de vida del capítulo seis de Romanos, el lado de la resurrección. En el lado de la resurrección de la Cruz, la «muerte» ya no tiene más dominio. El lado negativo de la «muerte» no debería ser considerado con exclusión del LADO DE VIDA positivo de unión con Cristo. La muerte debe ser considerada como un hecho realizado, en cada momento. Pero «Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere». Está VIVO, y el creyente identificado con Él por la fe y en la muerte, está unido a Él en su vida en el lado de vida de la Cruz.

VIII. CÓMO «TENER EN CUENTA» EL HECHO DE LA CRUZ

El creyente debe tener en cuenta que HA muerto, no de que va a morir. Si una y otra vez sigue pidiendo a Dios que «ponga a la muerte» algún punto determinado de su vida, nunca va a realizar el poder de vida positivo. Quizás estás diciendo: «Yo no he "muerto" a esto a aquello.» Toma tu posición ahora respecto a Romanos 6:6, y luego considérate a ti mismo vivo para Dios, entrarás en conflicto con los enemigos espirituales en la esfera espiritual, descrito en Efesios 6:10-18, y basado en el hecho fundamental de Romanos 6, conseguirás la victoria.

IX. EL SANTO ESPÍRITU TESTIGO DEL CALVARIO

Hemos dicho que el Santo Espíritu da testimonio instantáneo del aspecto del Calvario que cubre nuestras necesidades. La necesidad del que escribe la carta citada era «victoria sobre Satán» porque estaba bajo un ataque del adversario. Requería, naturalmente, el lavamiento del pecado por el poder de la sangre primero, pero también la victoria de la Cruz sobre Satán.

En el caso del obrero en la reunión, no fue el poder de la sangre, es decir, limpieza o purificación lo que se necesitaba, sino la victoria del Calvario sobre Satán. Fueron los espíritus demoníacos de Satán los que estaban trabajando entre los creyentes de entonces, que no sabían nada del mensaje de la Cruz en el aspecto de la crucifixión de Jesús.

«TODO LO QUE SIGNIFICA EL CALVARIO»

Por tanto implica:

1. La Cruz como base sobre la cual se sostiene el creyente, considerándose «muerto ciertamente para el pecado», y él mismo vivo con Cristo.
2. La sangre de Jesucristo limpiando continuamente de todo pecado —desde el aspecto que mira a Dios— para el mantenimiento de una comunión viva con Dios, y todos los que están unidos a Cristo.
3. La victoria del Señor sobre la cruz, sobre Satán, como un arma agresiva para la victoria sobre todas las huestes del mal.

Para recapitular, diré de nuevo, que la verdad de Romanos 6 y Gálatas 2:20, referente a la POSICIÓN personal del creyente, la sangre de 1 Juan 1:7 tiene que ver con el pecado hacia el lado de Dios y Apocalipsis 12, 11, con Satán como acusador personal. Estando firme en estas declaraciones de los hechos divinos, el creyente está entonces en una posición para tomar la ofensiva contra los poderes de las tinieblas, con el arma de la victoria de la Cruz.

El siguiente extracto de una carta, es una palabra oportuna de alguien que recibió por el Espíritu de Dios el mensaje del Calvario de Romanos 6.

«Cristo me dejó ver claramente, más que nunca antes, la realidad objetiva, la literalidad, suficiencia, totalidad y finalidad de mi crucifixión con Cristo y en Cristo en el Calvario. Yo creo que la fase objetiva, o mejor dicho, el HECHO, de la muerte total y cumplida de mi viejo hombre en la Cruz, fue completada hace mil novecientos años en Cristo, cuando dijo: «Consumado es», TIENE MUCHA MAYOR IMPORTANCIA Y POTENCIA que la fase subjetiva de mí creer en ella.

«Es así, alabado sea Dios, tanto si lo creo como si no. La fe, estoy viendo que es más sentido común que nada más. LA FE ES SIMPLEMENTE UN RECONOCIMIENTO DE LOS HECHOS. Y no es difícil creer los hechos, cuando se les mira directamente a la cara. Una visión plena de la Cruz, y lo que se hizo en ella, hace fácil la fe.»

Que todo lector de estas palabras mire a los hechos de Romanos 6 directamente a la cara, y crea en Dios. Entonces, entre en unión con el Cristo vivo, para demostrar el camino de la victoria sobre el pecado y sobre Satán. Amén.

LA CRUZ DEL CALVARIO EL LUGAR EN QUE FUERON LLEVADOS LOS PECADOS POR EL SUSTITUTO

1. «Quien llevó él mismo nuestros pecados en el madero, para que nosotros, muriendo a los pecados vivamos para la justicia» (1 P. 2:24).
2. El lugar de reconciliación. «Reconciliados por su muerte...» (Ro. 5:10).

EL LUGAR DEL «PECADOR» CRUCIFICADO

1. «Nuestro viejo hombre crucificado con El... para que en adelante... no sirva al pecado» (Ro. 6:6).
2. «Yo estoy crucificado con Cristo... no vivo yo sino Cristo vive en mí.» (Gá. 2:20)
3. «Los que son de Cristo han crucificado la carne...» (Gá. 5:24).
4. «El mundo... crucificado para mí...» (Gá. 6:24)

EL LUGAR DE LA UNIDAD ENTRE CREYENTES

«Mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella la enemistad...» (Ef. 2:16).

EL LUGAR DE LA DERROTA DE SATÁN

«Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando de ellos en la Cruz» (Col. 2:15). (Véase Jn. 12:31; 16:11)

LA MUERTE DE LA CRUZ APLICADA AL CREYENTE

- «El que murió...» (Ro. 6:2).
- «Estamos libres, por haber muerto.» (Ro. 7:6)
- «Si habéis muerto con Cristo...» (Col. 2:20)
- «Porque habéis muerto...» (Col. 3:3, 5).
- «Si somos muertos con Él también viviremos con Él...» (2 Ti. 2:11).

LA MUERTE DEL «SUSTITUTO», LA MUERTE DEL PECADOR

«Uno murió por todos, por tanto todos murieron...» (2 Co. 5:14).

LA CONTINUIDAD DE LA «CRUZ» PARA CADA CREYENTE ASÍ COMO LA APLICACIÓN DE LA SANGRE

«Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte... para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la VIDA...» (2 Co. 4:10-21).

III LA VIDA DEL YO PUESTA A DESCUBIERTO

«Porque yo sé que en mí, esto es en mi carne, no mora el bien» (Hch. 20:28).

Conybeare nos dice que con la palabra «carne» San Pablo indica generalmente lo que es terrenal en el hombre, en oposición a lo que es espiritual, y que «el otro equivalente práctico y popular para la "carne" se encuentra en la palabra "el yo"» (Moule).

Cuando Adán cayó, cayó bajo el poder de la carne, de la vida de la tierra; en vez de ser dominado, como era antes, por el Espíritu y la vida de Dios; por tanto Dios dijo: «Mi espíritu no contendrá (o permanecerá) con el hombre para siempre... porque ciertamente él es carne» (Gn. 6:3).

Es de gran importancia que entendamos lo que son las características de la vida del yo, y lo imposible que es, bajo su dominio, el vivir una vida espiritual y manejar armas espirituales al servicio de Dios. Es inútil exhortar a la «carne» a ser «espiritual», y con todo, la carne procura vivir una vida «espiritual» y una vocación «espiritual», y esta es la razón de la discrepancia en tantas vidas cristianas hoy en día. Recibimos luz en nuestra mente; tenemos frases espirituales en nuestra lengua; llamamos nuestra «obra» espiritual, mientras que nosotros vivimos según la carne en más o menos medida, constantemente.

Tomemos, pues, la Escritura y pidamos a la espada del Espíritu que separe las junturas y los tuétanos, divida el alma y el espíritu, de modo que podamos saber dónde estamos realmente a la vista de Dios.

LA CARNE

Notemos primero que en nuestro nacimiento natural, nacemos según la carne. «Lo que es nacido de la carne, carne es.» (Jn. 3:6) Por tanto no puede ser nada más que «carne», y la carne tampoco puede ser cambiada en espíritu por medio del esfuerzo, la cultura o la oración.

La carne es antagónica al Espíritu Santo. «El deseo de la carne es contra el espíritu, y el del espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí» (Gá. 5:17).

Las características principales de la «carne».

1. Es por naturaleza enemiga de Dios. «La mentalidad de la carne es enemistad contra Dios» (Ro. 8:7).
2. No puede someterse a Dios porque es contraria a El. «No se somete a la ley de Dios, ya que ni siquiera puede» (Ro. 8:7).
3. Se ocupa de cosas terrenas, porque es de la tierra. «Los que son conforme a la carne, ponen su mente en las cosas de la carne» (Ro. 8:5).
4. Su final es la muerte. «La mentalidad de la carne es muerte» (Ro. 8:6).

El hijo de Dios puede ser, a pesar de todo, carnal.

«Y yo hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo» (1 Co. 3:1).

«¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a terminar por la carne?» (Gá. 3:3).

«Habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales?» (1 Co. 3:3, 4) dijo Pablo a los Corintios, mientras que en su carta a los Gálatas, clasifica a las «rencillas, disensiones, luchas y otros» como las manifestaciones burdas de la carne, mostrando la fuente de ellas.

Además, hay cristianos verdaderos que han lamentado rebeldías que no pueden evitar; son conscientes de una falta de sumisión: saben que se encuentran en su elemento en las cosas de la tierra, y se ocupan de ellas; lo saben, lo lamentan, luchan contra ello, pero no pueden cambiarse. Algunos hacen resoluciones, redoblan el esfuerzo y procuran poner en práctica todo plan posible para hacerse más «espirituales». Se consagran y vuelven a consagrarse a Dios, al parecer en vano. Algunos creen que otros son más «espirituales» porque tienen un don especial, mientras que ellos continúan lamentando su frialdad en el corazón, y la poca semejanza suya a Cristo.

Las rebeldías, la desobediencia, la mundanalidad, la falta de poder, todas estas son características de la vida según la carne, pero hay todavía otras más sutiles, puestas al descubierto por la Palabra de Dios.

OTRAS ACTIVIDADES MÁS SUTILES DE LA CARNE

1. El enjuiciar según la carne (es decir, el enjuiciar según las apariencias externas). «Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie» (Jn. 8:15) (comparar con Isaías 11:3).
2. Propósitos según la carne. «Al proponerme esto, ¿usé quizá de ligereza? ¿O lo que me propongo hacer, lo propongo según la carne para que haya en mí Sí y No? (2 Co. 1:17).
3. Gloriarse según la carne. «Muchos se jactan en el espíritu de la carne» (2 Co. 11:18).
4. Exhirbirse en la carne. «Todos los que quieren ser bien vistos en la carne..., solamente para no padecer ellos persecución a causa de la Cruz de Dios» (Gá. 6:12).
5. Luchas por Dios según la carne. «No militamos según la carne... porque las armas de nuestra malicia no son carnales» (2 Co. 10:3, 4).
6. Amistades en la carne. «De aquí en adelante a nadie conocemos según la carne, y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no le conocemos así» (2 Co. 5:16).

Como hijos de Dios es probable que hayamos sido librados de las manifestaciones burdas de la carne, pero con todo, las sutiles permanecen.

¡Demos una mirada a la lista y pongámonos a prueba! ¡El juzgar según la vista de los ojos, según las ideas terrenales más bien que según el punto de vista de Dios! Las variaciones que caracterizan a muchos en el servicio al maestro; las promesas falladas y los compromisos olvidados tan fácilmente, en vez de una firmeza inmovible según la pauta de Aquel que es inmutable; el gloriarse sobre los resultados visibles; la penetración de la obra del Espíritu de Dios por entre la multitud de los convertidos, y el medirlo todo según las apariencias externas; el preocuparse del aspecto de las cosas para los demás en vez de pensar en la mirada de Dios sobre ellas; el valorar el aplauso del mundo cristiano mientras fallamos en el servicio escondido y en las cosas que son pequeñas; el luchar por Dios y a veces en contra de los otros, en vez de hacerlo con Dios y contra los poderes de las tinieblas; y el usar métodos terrenales para ganar al mundo para Cristo.

Sí, incluso nuestras amistades —nuestras amistades cristianas— pueden ser «en la carne», ¡porque conocemos muy poco del afecto profundo y puro, con Dios entre nosotros y nuestros queridos y deudos! Nuestro mismo conocimiento de Cristo puede ser mental o bajo la luz intelectual. Podemos saber todo lo que se refiere a Él, tener puntos de vista claros, conocer al pie de la letra la Palabra escrita, pero el Cristo que es el Verbo de vida, es posible que no le conozcamos.

Está escrito que «la carne nada aprovecha» (Jn. 6:62) aunque hablemos como ángeles, ¡nada! Aunque entendamos todos los misterios, ¡nada! Aunque tengamos todo el conocimiento y una fe que mueva montañas, ¡nada! Aunque entreguemos todo lo que poseamos, aunque sacrifiquemos nuestros cuerpos para ser quemados, no nos aprovecha de nada a menos que estas acciones procedan de la fuente de vida de Dios en nosotros la vida de Aquel que es amor.

EL CAMINO DE LIBERACIÓN DE DIOS

El camino de liberación de Dios, es por medio de la muerte de Cristo «Si uno murió por todos, luego todos murieron... para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co. 5:14, 15).

La liberación de la vida según la carne se realiza por medio de la obra consumada por el Redentor en la Cruz del Calvario.

Nos hemos preguntado muchas veces por qué nuestras vidas cristianas parecen un esfuerzo incesante y cansado: la respuesta es que no hemos entendido claramente que la vida de la tierra nunca puede transformarse en vida espiritual, y que la «carne» nunca puede mejorar, sino que debe ser crucificada.

Hemos obtenido el perdón de nuestros pecados cuando hemos creído la Palabra de Dios que «uno murió por todos», y obtendremos liberación de la vida de la carne sólo en tanto que nos aseguremos que el pecador mismo es crucificado con el Salvador, pues «todos murieron en Él» (Conybeare).

Es la obra del Espíritu Santo el aplicar la liberación de la Cruz «El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu contra la carne... los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gá. 5:17, 24).

Estos versículos muestran que el pecador perdonado no es abandonado a que luche por su cuenta, porque el Espíritu Santo a quien Jesús ha hecho morar en nosotros, cuando nos dio la vida eterna, anhela venir a nosotros con gran celo. El Espíritu procura siempre llevar a la Cruz la «carne contra la cual Él está luchando siempre con intensidad.

En la experiencia de cada día, cuando captamos nuestra liberación por medio de la muerte con Cristo, el «yo» parece estar más «vivo» que nunca. Precisamente aquí quiere Dios que estemos firmes en su Palabra escrita. La cantidad creciente de revelación demuestra que la entrega a la Cruz es real, porque el Espíritu Santo acepta nuestra palabra, y nos revela todo lo que ha permanecido por debajo, lo revela para que pueda ser tratado en la Cruz. La parte que nos corresponde es ceder nuestra voluntad a Dios, y tomar su parte contra nosotros mismos mientras el Espíritu Santo aplica la muerte de Cristo a todo lo que es contrario a El, para que pueda ser realmente verdadero que los que somos de Cristo hemos crucificado la carne y todos sus deseos.

La actitud práctica y continua ante la vida del «yo»

1. «No hagáis caso de la carne, para satisfacer sus concupiscencias» (Ro. 13:14). Es absolutamente necesario que nos consideremos crucificados, y no tengamos consideraciones para la carne, para proporcionarle lo que le gusta o eliminar lo que no le gusta.

2. «No uséis vuestra libertad como pretexto para la carne» (Gá. 5:13). No se debe dar oportunidad para dejar hablar a la carne, porque la menor concesión que se le haga, reforzará su vida.

3. «No tengáis confianza en la carne» (Fil. 40:3). No podemos tener confianza en ella en nada, ni admitir la idea de que podemos hacer esto o aquello; estemos dispuestos a ser considerados como necios antes que dejar que la carne consiga ningún ascendiente o gloria.

4. «Aborreced aun la ropa contaminada por la carne» (Jd. 23). Procuremos que Dios nos pueda dar una visión tal de la corrupción del yo, que lo temamos, y lo desechemos incluso en su aspecto más hermoso.

LA VIDA EN EL ESPÍRITU

«Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros» (Ro. 8:9).

En tanto el Espíritu Eterno se halla en nosotros, hasta este punto estamos «en el Espíritu». El propósito de Dios es que el Espíritu nos posea del todo, a fin de que podamos no sólo vivir por el Espíritu, sino andar cada paso diariamente en el Espíritu, y no cumpliendo los deseos de la carne (Gá. 5:25).

Cuando comprendemos la liberación de la Cruz y el Santo Espíritu manifiesta en nosotros la gloriosa libertad de los hijos de Dios, conocemos de verdad:

«La guía del Espíritu, como a un niño pequeño» (Ro. 8:14).

«El grito del Espíritu de "Padre", al corazón del Padre» (Ro. 8:16).

«El testimonio del Espíritu de nuestra filiación» (Ro. 8:16).

«La intercesión del Espíritu en la voluntad de Dios» (Ro. 8:26).

Ahora bien, a Aquel que puede obrar en abundancia, mucho más de todo lo que le podemos pedir o desear, según el poder que obra en nosotros, a El sea la gloria. Amén.

«SIENDO MODELADOS SEGÚN...»

¿Cuál es la diferencia entre: «Estoy crucificado con Cristo» (véase también Ro. 6:11) y llevar algún pecado descubierto recientemente a la Cruz (muriendo para las cosas del cuerpo)? Colosenses 3:3-10 es el lado experimental de Romanos 6:6, 11, con relación al pecado, como 2 Corintios 4:10-12 es el lado experimental con relación a la manifestación de la vida de Jesús, y la bendición a los otros.

Por fe consideráis que habéis muerto con Cristo, y al considerarlo así, el Espíritu Santo os aplica esta muerte, al obedecer vosotros la luz siempre creciente que Él proyecta en vuestra vida y acciones.

Lo «objetivo» y «subjetivo» deben ser mantenidos en equilibrio. Tomemos Romanos 6 como absoluto en la experiencia, así como en una posición judicial, sin otras Escrituras para interpretarlo o suplementario, y estaremos en peligro de no llamar pecado al PECADO; y estaremos cerrando la puerta de la mente a la luz del Espíritu Santo sobre el conocimiento más profundo de nosotros mismos y de Dios. Nos encontraremos cerrados a mantener simplemente una «posición», sin vistas abiertas a un conocimiento experimental más profundo del Calvario, y de lo que significa Gálatas 2:20. «Hemos sido crucificados en Cristo» —sí— pero toda parte de nuestro ser tiene que ser «modelado o conformado a su muerte», y esto incluye a la vida del yo así como al pecado. Esto ocupará toda la vida, y el trabajo no habrá sido completado subjetivamente hasta que el cuerpo de nuestra humillación sea «conformado al cuerpo de la gloria suya» (Fil. 3:21), o, en otras palabras, el hecho objetivo del «morir con Cristo» es completo, pero la aplicación subjetiva desde el centro

a la circunferencia termina sólo con la redención final del cuerpo, cuando Él vendrá para ser admirado de todos los que creyeron (2 Ts. 1:10).

Gálatas 2:20 es el resultado de la posición de fe de Romanos 6. Consideramos el hecho de Dios y luego afirmamos: «Con Cristo estoy juntamente crucificado», mientras en detalle vamos siendo «conformados día a día» en experiencia y obedecemos Romanos 6:13 en la práctica.

IV LA CRUZ Y NUESTRAS «DEBILIDADES»

«Él mismo tomó nuestras enfermedades...» (Mt. 8:17)

«De mí mismo en nada me gloriaré, a no ser en mis debilidades...» (2 Co. 12:5).

Se ha hecho una pregunta a los hijos de Dios, que ha conmovido a muchos corazones, respecto a la extensión hasta la que todos escogeríamos de modo voluntario que las profundidades de la Cruz fueran obradas en nosotros por el Espíritu de Dios.

Supongamos que la pregunta: «¿Hasta qué profundidad hay que llegar?» ha sido contestada en nuestra vida individual con un clamor real a Dios de que el Espíritu Santo debe cortar tan profundo que experimentemos verdaderamente la «vida escondida con Cristo en Dios» en el interior de nuestro ser. Incluso después queda lo que la Escritura llama «nuestras debilidades». ¿No tiene nada que decir la Cruz respecto a las mismas? Volvamos a la Palabra de Dios para conseguir luz sobre este aspecto vital y práctico de la vida cristiana.

Primero en cuanto a la palabra traducida como «debilidades». En otras versiones se dice flaquezas. La palabra griega es «astheneia» cuyo significado primario es falta de fuerzas, debilidad o flaqueza física, en algunos casos incluye la debilidad de disposición que todo ser humano tiene en una forma y otra en su carácter. La palabra nunca se refiere a pecado, o desobediencia de la voluntad de Dios conocida, y Dios no trata con «debilidades» como tales.

Esto puede verse en la diferencia entre su trato de Elías, cuando huyó de las amenazas de Jezabel (1 R. 19:1-3) y Saúl, cuando desobedeció las órdenes de Dios con respecto a Amalec (1 Sam. 15).

Pero ¿qué tiene que ver la Cruz con estas «flaquezas» o «debilidades»? Nuestras debilidades de carácter, como timidez, cobardía, miedo, nerviosismo, impulsividad, etc., que aparecen podríamos decir de nuestra «constitución» o personalidad, que hace que cada ser humano sea una individualidad distinta y separada, y al mismo tiempo manifestando ciertas idiosincrasias obtenidas de nuestros antepasados. ¿No es posible que la debilidad así heredada o nacida con nosotros, caiga bajo el poder de la Cruz, como la debilidad física? ¿Ha de ser la vida interior de unión con Cristo impedida o estorbada en su manifestación a los otros por estas «debilidades», o no le es posible al poder de la Cruz tratar a éstas como trata la vida del viejo Adán? Sin duda puede. ¿Qué dicen las Escrituras? Primero demos una mirada a:

I. LA CRUZ Y LA ENFERMEDAD

«Y caída la tarde le presentaron muchos endemoniados; y con su palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta Isaías, cuando dijo: Tomó Él mismo nuestras enfermedades, cargó con nuestras dolencias...» (Mt. 8:16, 17).

Debe notarse que la palabra griega equivalente a enfermedad (nosos), la usada aquí, es distinta de «astheneia» —debilidad— la usada en 2 Corintios 12-5. La palabra traducida como cargar aquí, en griego significa «quitar o eliminar». Este versículo se relaciona con Isaías 53:4 «llevó nuestras enfermedades», y esto significa más que el hecho que Cristo como Varón de Dolores, simpatizó con nuestras enfermedades y sufrimientos. Aparece también en las palabras citadas de Mateo, que el Señor hizo la obra de curación sobre la base de su futura muerte substitutoria en la Cruz, porque no hemos de olvidar que el Sacrificio del Calvario es intemporal en su alcance. Llega hasta las edades más remotas que le precedieron, y va hacia adelante a las edades que aún han de llegar. Por tanto, en cierto aspecto, la liberación de la enfermedad es parte del «Evangelio», pero por otra no significa que su conocimiento sea esencial a la salvación. Hay muchos en servidumbre aquí, porque hay almas ansiosas que insisten sobre ellos en que Cristo «llevó nuestras enfermedades» en la Cruz, y les dicen que por tanto su «salvación» es incompleta si no abandonan los «medios» y confían en Él sus cuerpos de modo tan implícito como le confían sus almas. Tengamos cuidado en no poner una piedra de tropiezo en el camino del otro, empujándolo a un estado de fe más avanzado al que nosotros ya hemos sido llevados. Es aquí que hay el peligro de hacer fuerza sobre las almas. Demos testimonio de todo lo que hemos comprobado por la gracia de Dios, pero al mismo tiempo dejemos al Espíritu Santo que haga su obra de testimonio a aquellos a quienes conducen, siempre según ellos pueden aceptar.

La obra substitutoria de Cristo en la Cruz fue una REDENCIÓN COMPLETA. No lo habría sido si no hubiera tratado con nuestras enfermedades así como con nuestros pecados; nuestras enfermedades, y todo lo que nos ha llegado por el primer nacimiento en la vieja raza de Adán.

Pero esta redención, completa en Cristo, sólo puede ser captada por cada uno poco a poco bajo la enseñanza del Espíritu Santo. «Así que ya no juzguemos más los unos a los otros, sino más bien, decidid no poder tropiezo u ocasión de caer al hermano» (Ro. 14:13), esto es, la piedra de tropiezo de forzar a otros nuestras «experiencias», del uso de «medios» o «no medios», en vez de estimularlos a depender del Espíritu de Dios para que les revele su voluntad a cada uno individualmente. Porque no hemos de limitar la obra de Dios a nuestra experiencia personal de sus «medios» o caminos.

II. CÓMO CARGÓ CRISTO CON NUESTRAS DEBILIDADES

«El cual, siendo en forma de Dios... se humilló a sí mismo... hecho semejante a los hombres» (Fil. 2:6-8). El Señor Cristo tomó nuestras debilidades, en el sentido que puso de lado su Divinidad y se hizo hombre. Se nos dice que fue probado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (He. 4:15). Sus «debilidades» como Hombre le pusieron a prueba, pero nunca pasaron a ser vehículo para el pecado, como suelen ser las nuestras. Contempla su victoria en las tentaciones del desierto. «Si eres Hijo de Dios», y por tanto, poseyendo por nacimiento la naturaleza divina y sus atributos dijo Satán, «haz que estas piedras se conviertan en pan». ¡Y el Señor Cristo podría haberlo hecho! Pero Él había tomado el lugar del hombre —el hombre débil— un «Hijo del hombre, así como Hijo de Dios. Como hombre tenía que depender en Dios, su camino era de obediencia a la voluntad del Padre. Fue «probado» o «tentado», aunque era el Hijo de Dios, pero había tomado nuestras «debilidades», y no podía fallar en el camino de ser nuestro ejemplo, tal como iba a ser nuestro sustituto, cuando llegara al lugar llamado Calvario.

III. LA CRUZ Y LAS DEBILIDADES

«Fue crucificado en la debilidad, pero vive por el poder de Dios» (2 Co. 13:4). «Nosotros también somos débiles en Él...» Pero ¿dónde aparece la Cruz en relación con nuestras debilidades? Oigamos las palabras de Pablo: «Fue crucificado en la debilidad...» Como Hombre representativo, Cristo colgó como nuestro sustituto en la Cruz. No sólo llevó nuestros pecados en la Cruz, y nos llevó a la Cruz con Él, sino que la misma Cruz fue sólo posible por su «debilidad», la debilidad que

había tomado en favor nuestro. Por tanto llevó en la Cruz en su propia Persona nuestras debilidades y nuestras enfermedades: esto es todo lo que nos llega a través del nacimiento en el primer Adán.

Aquí vemos un significado más profundo a la Cruz, que alcanza no sólo a la liberación del pecado, sino también a nuestras debilidades y «enfermedades» físicas de todas clases. En Romanos 6:6, Pablo dice: «Nuestro viejo hombre fue crucificado con Él.» Aquí escribe: «Fue crucificado en la debilidad... somos débiles en Él.»

Nuestras debilidades y «enfermedades», fueron tratadas en la Cruz, de modo que puedan llegar a ser vehículos para que se manifieste el poder de Dios. Esto nos lleva a preguntar cómo opera esto en la práctica. Porque es indudable que nuestras «enfermedades» no son quitadas, aunque bajo alguna manifestación potente del poder de Dios —de modo intermitente o continuo experimentando en respuesta a la fe— puede parecer como que han dejado de existir. La luz de la experiencia sobre esta paradoja la tenemos que ir a buscar en el maravilloso capítulo doce de 2 Corintios y leer las palabras de Pablo.

IV. LA ACTITUD DE PABLO RESPECTO A LAS «ENFERMEDADES»

«De mí mismo no me gloriaré en nada, a no ser en mis debilidades (astheneia).» (2 Co. 12:5)

«En mí primero como modelo», escribió Pablo a Timoteo, y es para nosotros una excelente lección objetiva en muchos aspectos de la manera en que obra la redención del Señor Jesús en el Calvario en todos los que siguen el camino de la Cruz. La pregunta que hacemos es: ¿son las enfermedades que llevamos a la Cruz quitadas?, y la experiencia de Pablo dice: «No», y con todo se puede decir también: «Sí» hasta el punto en que pasan a ser afectadas por el poder de Cristo.

Repitamos otra vez que la palabra «enfermedad» significa de modo primario algo físico, y que las llamamos «debilidades de carácter», y no pecados. (Ya dijimos que ambos —pecado y enfermedad— proceden de la caída, y por tanto necesitan la sangre del lavamiento, aunque no sean vehículo de pecado presente.) Romanos 6 dice de modo claro que el dominio del pecado resulta de la Cruz, de modo que el creyente es librado del poder del pecado. Pero «las debilidades de carácter» permanecen como una «inclinación» o «disposición» del creyente, que van juntas con su individualidad. Pero ¿por qué dice el apóstol que se «gloriará» en ellas? Sólo porque cada punto de debilidad da una ocasión de manifestarse al poder de Dios. Una y otra vez se refiere a su «debilidad». ¿No era porque por medio de ella se había abierto a sus ojos una profundidad mayor en la Cruz del Calvario que no había conocido antes? ¿No es 2. Corintios 13:4 la clave de 2. Corintios 12:9? «Bástate mi gracia», le había dicho el Señor en contestación a la tercera llamada del apóstol para que el mensajero de Satán se apartara de él. ¿Le fue manifestada esta gracia a Pablo en la revelación de 2. Corintios 13:4? «Fue crucificado en debilidad.» «También nosotros somos débiles en Él.» Sí, y por medio de la muerte de la Cruz yo comparto también la vida desde la muerte. «VIVE por el poder de Dios» por lo que su fuerza se perfeccionará en mi debilidad.

Veamos ahora cómo se aprovecha el adversario de nuestras «debilidades».

V. LAS DEBILIDADES Y LOS PODERES DE LAS TINIEBLAS

«Y había una mujer allí que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad...» (Le. 13:11).

El relato del Evangelio de Lucas de una mujer que tenía espíritu de enfermedad, colocado al lado de Mateo 8:17 y de 2. Corintios 8:4, muestra que nuestras enfermedades deben ser llevadas a la Cruz, para que la vida de resurrección del Señor ascendido pueda hacerse cargo de ellas. Esta historia de la mujer encorvada revela que detrás de una «enfermedad» puede haber la garra de un espíritu maligno que tiene en su poder a la víctima. Un entendido en griego indica que la palabra traducida como «de» es un genitivo de origen, y que la palabra espíritu, «un demonio maligno» o «un mal espíritu». Este caso muestra que cualquier

«enfermedad» puede ser base para que los espíritus malignos puedan obrar, tal como detrás de todo pecado que se levanta de la vieja naturaleza puede haber un espíritu maligno alimentando o inflamando este caldo, esto es, los celos que proceden del corazón no regenerado pueden tener detrás un «espíritu» de envidia.

En contraste con este caso, tenemos la experiencia de Pablo relatada en 2. Corintios 12. Pablo conocía la Cruz en las profundidades de su poder mejor que ningún otro hombre. Siguiendo su aceptación de que no se le iba a quitar su «debilidad», a fin de que pudiera pasar a ser vehículo para la fuerza de Cristo, leemos en el capítulo 13:4 que en la extremidad de la «debilidad» o «enfermedad» se vuelve al Calvario y ve el camino de victoria, por medio de la Cruz.

Volvamos a hacer sonar estas palabras sobre el Cristo del Calvario: «Fue crucificado en debilidad... Vive en poder de Dios...» «Soy débil en Él», en la debilidad de su muerte, y también «VIVO con Él...»

En resumen, al poner los dos relatos uno junto al otro, la mujer con el «espíritu» de enfermedad, y Pablo con el «poder de Cristo» haciendo uso beneficioso de sus enfermedades, vemos claramente que nuestras «debilidades» de disposición, o físicas, son un campo abierto para Satán o para Dios, y que la Cruz, con su mensaje de identificación muestra la forma en que podemos ser protegidos del uno y llevados al poder del otro.

Éste es el punto crucial de todo el asunto.

Nuestra debilidad inherente de disposición, o de carácter, así como las «debilidades» heredadas de nuestra constitución física son un campo abierto para Satán o para Dios. «Los espíritus de enfermedad» buscan echar mano de toda «enfermedad» a su alcance, así como de todas las «debilidades» del cuerpo. ¿Cómo escaparemos de su poder? Sólo por medio de la Cruz.

«Fue crucificado en debilidad.» Nosotros somos «débiles con Él» en esta Cruz, porque Él colgó allí, en nuestro lugar. Digamos incluso en estas cosas: «Estoy crucificado con Cristo.» Luego, cuando permanecemos escondidos en el Cristo del Calvario, estamos fuera del alcance y poder del enemigo. Por medio de la Cruz, la vida resurrecta de Cristo nos protege, de modo que su fuerza se perfecciona en la debilidad.

VI. EL ESPÍRITU SANTO Y NUESTRAS «DEBILIDADES»

«El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues hemos de pedir... no lo sabemos...» (Ro. 8:26)

Aquí se describen las «debilidades» como una falta de conocimiento, de un modo particular en relación con la oración. «No sabemos qué hemos de pedir como conviene, pero el Espíritu...»

El Espíritu Santo, con compasión por la debilidad e ignorancia del creyente está dispuesto a ayudar la enfermedad, especialmente cuando procede de la ignorancia. Y en cumplimiento de su oficio de revelar al Cristo de Dios, hace real el hecho que el Señor glorificado y ascendido tiene compasión por el «sentimiento» de nuestras debilidades. Él sabe exactamente cuáles son nuestros sentimientos. Sí, el mismo hecho que no tuviera pecado le hizo más sensible a los «sentimientos» cuando anduvo por la tierra.

¿No se nos dice que la víspera de Getsemaní «empezó a entristecerse y a sentir gran angustia» (Mt. 26:37). Marcos dice que «comenzó a sentir pavor y angustia» (14:33). Su Espíritu era sensible a las huellas más leves de incredulidad y duda y crítica en la mente de los que le rodeaban. Sabía qué había en el hombre y por ello no se confiaba en ellos, porque conocía a todos (Jn. 2:24, 25). Veía los motivos torcidos (Jn. 6:26) de los que le buscaban. Sabía cuándo sus discípulos murmuraban de su enseñanza (Jn. 6:60, 61), y no fue

cogido por sorpresa cuando ocurrió la traición de Judas (Le. 22:21), o la negación de Pedro (Le. 22:31), ni que los discípulos al final le abandonaran y huyeran.

¡Sí! Se conmueve cuando observa a sus hijos que hacen estas cosas otra vez el uno al otro.

Sabe lo que hay en el hombre: la cobardía y el temor que brota en Elías, como si nunca hubiera estado en el monte Carmelo o hubiera hecho frente a los profetas de Baal, las jactancias de un Pedro, que falla a la hora de la prueba.

Esto nos lleva al último punto, el que:

VII NUESTRAS «DEBILIDADES» SON UNA PRUEBA PARA OTROS

«Pero bien sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio la primera vez, y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que sufría en mi cuerpo...» (Gá. 4:13, 14).

Estas sorprendentes palabras fueron escritas a los Gálatas por el apóstol, que había aprendido a «gloriarse» en sus «enfermedades». Muestran que los otros son probados por ellas, y que pueden ser tentados a despreciar los vasos de tierra que les llevan los mensajes de Dios, a veces a través de enfermedades que son visibles.

¡Los comentarios despectivos sobre el mensajero eran corrientes entre los creyentes de Corinto, como lo son en nuestros días! «Sus cartas, decían, son poderosas y firmes, pero su presencia corporal es débil, y su oratoria despreciable» (2 Co. 10:10). Se cree, dice Scofield en una nota al pie, que la «espina en la carne» de Pablo, era una oftalmía crónica, ¡que le daba una debilidad al cuerpo y un aspecto desagradable! En todo caso, Pablo dice que debido a una «espina» en la carne, ¡el mensajero de Satanás le abofeteaba! Esto muestra de qué modo tan agudo el enemigo saca partido de nuestras «debilidades». Sabe cómo dirigir este «abofeteamiento» y el punto más débil de nuestra constitución. Pablo dice de sí mismo que «tenía tendencia a exaltarse desmedidamente». Hay pocos que estén libres de esta «debilidad», la debilidad de ser incapaces de mantenerse igual bajo el uso de Dios. Las «revelaciones» que Pablo había recibido de Dios tenían que ser contrarrestadas con alguna «debilidad» que predispusiera a los otros a «despreciarle» a criticar su falta de oratoria, y su manifiesta falta de «presencia» que entusiasma a los oyentes.

Y finalmente, las enfermedades de otros son una prueba de nuestro crecimiento espiritual. Si somos «fuertes» en Dios, esta fuerza debería manifestarse en nuestra forma de sobrellevar las enfermedades de los débiles, y no complaciéndonos a nosotros mismos (Ro. 15:1). Sólo la imperfección se queja de la imperfección, dijo uno de nuestros místicos. Nuestra incapacidad para «sobrellevar» las debilidades de los otros, revela las nuestras. Que el Espíritu de Dios abra nuestros ojos para ver la Cruz en todos sus aspectos, de modo que todas nuestras «debilidades» puedan ser el campo de acción para el poder de nuestro Señor Viviente.

LA CRUZ Y NUESTRAS DIVISIONES O TENED EL MISMO ESPÍRITU

En Filipenses, capítulo 2, versículo 5 y siguientes leemos: «Haya, pues, entre vosotros los mismos sentimientos que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo...» En algunas versiones dice: «El cual siendo originalmente en la forma de Dios no consideró esto como algo a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando la forma de siervo, y haciéndose semejante a los hombres, se humilló a sí mismo, al hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre...»

Nótese las palabras: «Haya, pues, entre vosotros los mismos sentimientos que hubo también en Cristo.» Unos dos o tres versículos antes, leemos: «Si hay alguna exhortación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún efecto entrañable y compasivo, completad mi gozo, siendo de un mismo sentir, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo la misma cosa. Nada hagáis por rivalidad o por vanagloria; antes bien en humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a sí mismos.»

Tomando las palabras: «Haya, pues, entre vosotros» como frase central, si leemos los versículos previos, o los siguientes, tenemos una pauta de la mentalidad que había en Cristo. Al seguir leyendo se nos dice que Cristo, siendo «igual a Dios», no se aferró a ello, sino que descendió de esta altura y se despojó de sí mismo, haciéndose un siervo, un siervo o esclavo, con obligación de servir. Al leer más atrás se nos habla de: 1) exhortación, 2) consuelo, 3) comunión del Espíritu, 4) afecto entrañable y compasivo que hay en Cristo para los hijos de Dios, y que llenos de su Espíritu, éstos pueden así sentirse unánimes, tener el mismo amor, ser del mismo sentir, no haciendo nada por rivalidad o por vanagloria, estimando cada uno a los demás como superiores a sí mismo.

Si cada creyente tuviera esta «mentalidad de Cristo», si se llenara de misericordias tiernas y de compasión, ¿cómo podríamos dejar de «sentir todos lo mismo»? Si todos tuviéramos un mismo sentir, ¿cómo podía haber divisiones o rivalidades entre el pueblo de Dios? «No hagáis nada por rivalidad», dice el apóstol, al pensar en aquellos a que se refiere en el versículo 16, «que anuncian a Cristo por rivalidad» pensando en añadir aflicción a sus prisiones, y él mismo muestra la «mentalidad de Cristo», cuando escribe incluso, porque dice que se goza en que Cristo es predicado, aunque no sea con objetivos puros. ¡El no va a dar albergue a la vanagloria o la rivalidad como respuesta a las malas acciones de ellos! Mientras Pablo recuerda la rivalidad, suspira por «ser del mismo sentir». «Llenad mi gozo», dice a los Filipenses: «Sed del mismo sentir, del mismo amor.» Cristo no está dividido. Así que, ¿qué es lo que causa la división y la discordia al hacer la obra de Dios? ¿Cuál es la razón por la que los hijos del Señor hallan tan difícil el ser de un mismo sentir, y todavía más difícil el estimar a los otros más que a sí mismos? Los que han unido realmente a Cristo como miembros de su Cuerpo —los que verdaderamente tienen a Cristo como su vida— son, sin duda, de un mismo corazón; tienen ciertamente el mismo objetivo —agradar a Dios—, pero raramente son de un mismo sentir o mentalidad. Unos en el corazón y el objetivo, pero no de la misma opinión o acuerdo. ¿Cuál es la causa de esto? ¿Tiene importancia? ¿Nos damos cuenta verdaderamente de la necesidad de ser de un mismo sentir, de esperar con paciencia a los otros que son nuestros colaboradores, para llegar a un mismo parecer antes de tomar un curso dado que va a producir «divisiones» y «rivalidades»? ¡Cómo dan el blanco estas palabras! No hagáis nada que pueda contribuir a causar discordia en el Cuerpo de Cristo. Sin duda si todos fuéramos de un mismo sentir al seguir a Cristo al Calvario, «siendo obedientes hasta la muerte, y muerte de Cruz», no habría «vanagloria», no «nos propositaríamos de lo que está escrito, para que ni uno solo de vosotros se apasione el uno contra el otro» (1 Co. 4:6); sino que realmente poseeríamos «humildad», la actitud que trajo al Señor Jesús del lugar de igualdad con Dios, a la posición de siervo; la mentalidad que hizo que no se aferrara a su trono; que no le hizo desear ser un líder, sino un siervo. Era igual a Dios, pero se hizo un siervo. ¡Si todos fuéramos del mismo sentir para servirnos los unos a los otros! Si todos deseáramos ser siervos y no «jefes» y caudillos de movimientos, líderes de lo que sea, cuan rápidamente esta humildad unirá a los hijos de Dios y haría de ellos una sola «mente» en el Señor.

LA CAUSA DE LAS RIVALIDADES Y FACCIÓNES

Ahora bien, detrás de toda «rivalidad» se halla el gran adversario trabajando; él es el que divide y Cristo es el que une. ¿Cuál es la causa de esta división de pareceres entre los que son un mismo corazón? ¿No es Satán el que divide? ¿No es el que asalta la mente de los hijos de Dios e impide que sean de la «mentalidad de Cristo» y por ello «de un mismo sentir en el Señor»? Para descubrir la obra del adversario a este respecto

primero hemos de ir a los hechos básicos, para entender por qué el enemigo puede atacar así la mente de los creyentes, y causar divisiones entre el pueblo de Dios.

Volvamos primero a 2. Corintios 4:4, y leamos: «el dios de este mundo». ¿Quién es éste? ¡Satán! ¿Qué es lo que dice Pablo que ha hecho? «El dios de este mundo cegó los pensamientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la iluminación del Evangelio de la gloria de Cristo.» ¿Tiene el diablo poder para cegar la mente de un hombre? Tenemos que responder: «Sí», porque está escrito, y su propósito declarado es: «Que no resplandezca en ellos la luz del Evangelio de la gloria de Cristo.»

Éste es el hecho básico sobre el que hemos de hacer énfasis y que se halla en el fondo de todas las divisiones de parecer entre el pueblo de Dios. El apóstol declara que Satán —el Dios de esta edad— ha «cegado la mente» de los incrédulos. No sólo gente ignorante en los barrios humildes, sino profesores de universidad, reyes en sus tronos. No hay distinción, no hay diferencia.

La Biblia declara los hechos tal como los ve Dios, y Él dice que todos los hombres tienen su mente cegada, hasta que la luz del Evangelio brilla en ellos, y que este velo es colocado en su mente por Satán —el dios o gobernante de este mundo— para impedir que la luz o la verdad brille en ellos. Todos tienen corazones que necesitan, pero todos tienen también mentes cegadas.

Hagámonos ahora la pregunta: Cuando un hombre recibe el don de la vida eterna, la seguridad de salvación de culpa y castigo del pecado por medio del sacrificio expiatorio de Cristo, ¿se quita enteramente este velo de su mente, o significa que al principio adquiere un «nuevo corazón», y pierde sólo un poco del velo que el dios de este mundo había puesto sobre su mente? Repitamos la pregunta: ¿Es posible que el cristiano tenga un velo sobre su mente, naturalmente parcial? En otras palabras: ¿Pierde al momento totalmente esta «mente cegada» o la pierde sólo hasta el punto en que capta el Evangelio, y no más? porque sólo la verdad o la luz dispersa el velo de la mente de los hombres, y la extensión en que brilla esta luz en la mente determina la extensión de la liberación de la mente del velo de Satanás.

Este hecho básico es de la mayor importancia, y es la clave de todas las divisiones entre el pueblo de Dios. Porque parece claro que es posible tener un «nuevo corazón», y una nueva vida, sin una mente totalmente renovada. Es claro por los hechos de la vida y la condición presente de la Iglesia de Cristo. La mente del cristiano puede estar llena de toda clase de cosas, inyectadas allí por el dios de este mundo y estas ideas inyectadas, «puntos de vista», «teorías», son las causas de la división, porque si la mente de cada cristiano fuera renovada, parece lógico decir que todos los creyentes serían de un mismo sentir, por tener la mentalidad de Cristo.

Volvamos ahora a 2 Corintios 11:3. El apóstol escribe a los cristianos de Corinto: «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros pensamientos sean de alguna manera extraviados de...» «Pablo sabía que así como el dios de este mundo había cegado la mente de los incrédulos, también podía atacar la mente de los hijos de Dios, y engañarlos.»

«La serpiente había engañado a Eva con su astucia.» No era su corazón, sino su mente la que había sido atacada, y no es tu corazón, sino tu mente la que es atacada para ser desviada de la simple confianza, y la «pureza» hacia Cristo.

Eva fue engañada por la sutileza de la serpiente. Era inocente, pero quedó atrapada en la mente al admitir las sugerencias de Satán, acompañadas de su poder que paraliza la mente, e impide actuar, y juzgar los puntos implicados en cada acción. Si Satán puede atacar la mente de los hijos de Dios, puede tejer sus

astucias para hacerte caer en sus lazos, y entonces pierdes el poder de la voluntad. Primero le dejas entrar en la mente por su engaño, y ésta cesa de razonar; luego pierdes el poder de la voluntad para resistir, y entonces quedas engañado.

La mente no sólo debe ser limpiada de todo el velo que Satán ha puesto, sino que debe ser renovada, y luego cubierta por el yelmo de la salvación. Es posible que hayas puesto de lado el viejo hombre, «en cuanto a la manera pasada de vivir» (Ef. 4:22), sin una transacción con Dios bien clara para que seas «renovado en el espíritu de la mente» (Ef. 4:23). Sólo puedes ser transformado mediante «la renovación de tu mente» (Ro. 12:2).

«REVELACIONES » QUE DIVIDEN

Cuando la mente es renovada tiene que ser usada, y quiero decir en la forma más solemne y enfática posible, que **NO DEJES TU MENTE AL BARBECHO, EN OCIO**, para que se haga «pasiva», porque cuando le permites a la mente que deje de pensar, de razonar, de juzgar, y traer el veredicto del Libro sobre todos los departamentos de tu vida —tu experiencia y tus acciones— estás invitando a Satán para que te engañe. Hay pocos cristianos que entiendan los engaños de Satán a la mente, que es capaz de darles visiones deformadas de las cosas de Dios, y de sí mismos y de sus amigos, de su futuro, de sus circunstancias, y de sus necesidades, sin que se den cuenta de estas deformaciones. Satán puede darnos visiones tan diferentes, que sólo la verdad de la Palabra —la pura luz del Evangelio— puede exponerlas a la vista. Muchos han sido llevados por «direcciones» extrañas, siguiendo sugerencias súbitas de su mente, creyendo que están obedeciendo a Dios. Otros creen que tienen «revelaciones» de Dios, que van a conmover el mundo, ¡pero que sólo dan por resultado la división y las facciones en la Iglesia! La mente pasiva u ociosa es el terreno en el cual crecen estos engaños de Satán. Los cristianos que desean ser «guiados por el Espíritu» piensan que no tienen que razonar y juzgar y sopesar toda sugerencia que les parece que viene de Dios, a la luz de la Palabra. Creen que ser conducidos «por el Espíritu» significa seguir todo impulso o sugerencia que se les presenta en la mente —especialmente si viene cuando están orando— y así dejan que su mente permanezca «pasiva» para recibir estas sugerencias.

El Señor dijo a los judíos: «¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?» (Le. 12:57). Si tenéis que escapar de los lazos que Satán tiende a la mente en el presente, no tenéis que dejar el campo en barbecho, ocioso.

No tenéis que permitir que la mente vague a la deriva; no debéis permitir «visiones en el futuro», ¡o el soñar sobre las cosas maravillosas que Dios tiene intención de hacerlos! ¡No fomentéis «visiones» respecto a la forma en que Dios os va a usar! Cuántas visiones y planes vanos ha tenido que desbaratar Dios. Cuan triste ha sido la historia de muchas almas que estaban andando firmes y fieles, y ahora no pueden ser usadas por Dios, pues se hallan encallados en la arena. Todo ha ocurrido porque Satán ha engañado su mente con sugerencias, ideas, visiones deformadas, concepciones curiosas de casi todos los tipos de verdad espiritual, todo terminando en facciones y divisiones en la Iglesia de Cristo.

¡LA MENTE QUE HUBO EN CRISTO!

«Haya, pues, entre vosotros los mismos sentimientos que hubo también en Cristo... que no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que... se humilló a sí mismo, al hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz.» De todo corazón, fuerza y alma quisiera presentarte el camino de la Cruz como el camino seguro para hoy. Pongo delante de ti el camino de la humildad y el servicio sencillo, siguiendo las pisadas del Señor. Vuélvete de las visiones vanas de lo que piensas que has de ser en la Iglesia de Cristo, ¡y ten satisfacción en ser un siervo! ¡Conténtate con ser un siervo de Dios! Procura, hijo de Dios, que Satán no te engañe y aparte tu mente de la simplicidad, la simplicidad que te mantiene en servicio fiel a Cristo.

Recordemos luego que Satán no puede hacer nada contra tu voluntad. Tú puedes decidir:

«De modo deliberado rehúso, en cualquier forma, que mi mente sea terreno para los malos espíritus de Satán (porque es por medio de sus malos espíritus que hace la obra). Rehúso permitir a los «malos espíritus» con «enseñanzas» de Satán que penetren en mi mente y me engañen. «¡Pido a Dios que me dé una mente nueva, la mente de Cristo!» «Y esta mente, recuerda, ha de ser una mente activa, esto es, que ha de ser usada plenamente en todo lo que haces.» Se dice que causan más males por falta de pensar que por los deseos del corazón, y esto no debería poder decirse de los hijos de Dios. Pero para muchos su mente no es libre para actuar en la libertad para la cual Cristo nos ha hecho libres.

Actúan como si no tuvieran «mente», y por eso es que van de un sitio a otro y preguntan a todos qué es lo que piensan. Están tratando de usar la mente de los otros, y con ello son desviados y llevados de acá para allá por todo viento de doctrina. Hay almas que han oído la verdad, en Convenciones, durante años, que no tienen el discernimiento y el conocimiento para decir si una cosa es de Dios. Han vivido de lo que dicen Fulano y Mengano. ¡Este dice esto; pues debe ser verdad! Pero hemos de llevar todas las cosas y ponerlas a prueba en el Libro, si hemos de ser inteligentes en el uso de una mente renovada. Al pedir la opinión de otro, hemos de recordar también que es posible que un alma esté en comunión con Dios —en comunión con El en el Espíritu— y con todo, admitir una sugerencia de Satán en su mente que le desvía y tuerce el juicio en muchas maneras. Por tanto, no es seguro juzgar que viene de Dios todo lo que otros dicen, por puro que sea su carácter y su vida lleve la marca de la comunión con Dios. No se trata del carácter, sino de la mente. Si hemos de aceptar como verdad infalible todo lo que se nos dice que viene de Dios, a base del carácter y vida de esta persona, esto quitaría el standard de la verdad de la Palabra escrita, al carácter del que habla. Dios no abandona a sus hijos en el momento en que han admitido una forma torcida de la verdad en su mente, sino que espera con paciencia, hasta que se hace la luz de la verdad en ellas, lo que va a ocurrir tarde o temprano, si son sinceros, y procuran hacer la voluntad de Dios con la mente abierta y de corazón (Jn. 7:17).

Pide a Dios que libere tu mente para actuar libremente. Pídele que la aparte de todo pensamiento introducido por el enemigo. Es posible que Satán halle entrada en tu mente haciendo ver que es Dios. Él sabe que de otro modo nunca abrirías tu mente a la sugerencia o idea. Hay muchos hijos de Dios que han seguido a espíritus engañosos, porque han creído que todo lo que entraba en su mente cuando estaban de rodillas procedía de Dios, y en consecuencia se han vuelto irrazonables, obstinados y recalcitrantes. Algunas veces han llevado a cabo planes que han causado la ruina de sus familias y daño al servicio cristiano, creyendo que estaban ejecutando algún plan revelado por Dios.

Procura no caer en esta deformación o caricatura de la verdad de la entrega a Dios en que tu mente sea como una página en blanco. Leí en un artículo de un obrero cristiano que dijo que le costó seis meses el «vaciar» su mente, para que Dios pudiera tomar control de su cuerpo; cuando cedió el control de sí mismo, fue el diablo el que lo tomó, pues Dios controla al hombre a través del proceso de su voluntad y cooperación con el Santo Espíritu. Rehúsa permitir que tu mente esté en estado pasivo, y tú pases a ser como una máquina, porque Dios quiere darte una nueva mente que entre de modo inteligente en sus propósitos, y capte su voluntad.

«Sed renovados en el espíritu de vuestra mente», y «no seáis insensatos, sino comprendiendo bien cuál es la voluntad del Señor» (Ef. 5:19).

Finalmente leemos en 1.Pedro 1:13: «Estad preparados en vuestra mente.» Los que están en perfecta paz son aquellos cuya mente descansa en Él (Is. 26:3). El tener la mente preparada significa usarla en todo paso en

el camino: el actuar, pensar como una persona inteligente que tiene que dar cuenta a Dios en todas las cosas, alguien a quien Dios ha recreado con un nuevo corazón y una nueva mente. Entonces el Señor dice: «Pondré mis leyes en la mente de ellos» (He. 8:10). Aliméntate de la Palabra escrita; llena tu mente de ella; de modo que no necesites correr a la Biblia para buscar versículos. Dios pondrá sus leyes —o su voluntad— en tu mente, si quieres hacer tu parte leyendo su Palabra, y quieres hallar su Espíritu obrando en tu mente, de modo que dé forma a todo pensamiento tuyo.

Entonces, cuando necesites luz en tu camino, la Palabra vendrá a tu mente en un instante. Temo que muchos tengamos como idea de «poder para el servicio» el que el Señor nos hará fáciles las cosas que tenemos que hacer. Queremos poder para hacer las cosas fácilmente, a fin de evitar esfuerzo y dificultades al hacerlas.

Queremos guía milagrosa que nos evite las dificultades. Te arrodillas y oras, y cuando te levantas, abres la Biblia, y el primer versículo que ves, consideras que te dice lo que debes hacer, al margen de todo uso inteligente de la mente y el juicio, sopesando y considerando lo que es apropiado hacer. Y qué cosas más absurdas han hecho la gente obrando por estos procedimientos, sin poner en uso su mente, y actuando como resultas de haber leído un versículo «después de orar». También, ocurre que porque el Señor te dio un versículo un día, en el mismo centro de tu espíritu, durante el resto de tu vida temes obrar sin un «versículo».

Y luego, una vez tienes un versículo, no hay nada en el mundo que te desvíe del propósito de actuar sobre él. Recuerda, lo que viene de Dios viene del santuario interior donde Él mora, profundo en tu espíritu y lo que viene de fuera, inyectado en tu mente, la mayoría de las veces viene de los «príncipes de las tinieblas de este mundo». Cuanto tu mente está llena de su ley —su Palabra escrita— no necesitas guías milagrosas para que te digan que no has de robar.

¿Por qué? Porque sabes que es malo. Su Palabra —o su ley— está en tu mente. De esta manera Dios puede escribir sus pensamientos en tu corazón, y en tu mente hasta que puedas conocer su voluntad, porque la Biblia ha pasado a ser parte de ti mismo. Si estuvieras lleno de las palabras de este Libro, en vez de estar lleno de las ideas de los demás, podrías conocer el parecer de Dios.

Es posible que en la mente de un hijo de Dios haya muchas cosas que deberían ser quitadas.

Un pensamiento duro y áspero hacia otros hijos de Dios, que es una barrera; un prejuicio contra otro sin ninguna razón; ideas que Satán ha introducido en la mente en años pasados, y que el alma no sabe de modo consciente que están matizando su vida. Pide a Dios que libere tu alma de esta servidumbre, de estar confinado, apretado, empequeñecido. En la mente liberada no debe haber lugar para Satán, o sea para que «las aves del cielo» quiten la simiente o añadan otra. El Señor Jesús nos dice en la palabra del sembrador, que hallamos en Mateo, que las «aves del cielo» arrebatan la simiente, y añade que es Satán el que hace esta obra. Pero Satán no está presente en todas partes. Él obra a través de miríadas de espíritus malignos —descritos por nuestro Señor como «aves del cielo», que vienen y se llevan la simiente. Rehusemos permitirles la entrada, y no les demos oportunidad, confiando en el Espíritu Santo para que mantenga nuestra voluntad firme y fiel a Dios, y poniéndonos «toda la armadura de Dios» para que «podamos resistir en el día malo y habiendo cumplido todo, estar firmes» (Ef. 6:13).

VI DOS ASPECTOS DE LA CRUZ

Debido a que los hijos de Dios no captan los dos aspectos de la crucifixión con Cristo fallan en dar realidad a una vida abundante en su experiencia práctica. La obra consumada por Cristo en su muerte y resurrección es la base objetiva, mientras que la base subjetiva es la obra subjetiva del Espíritu Santo en nosotros.

De modo objetivo a la muerte de Cristo fue no sólo la propiciación por el pecado, sino que fue, en el propósito de Dios, la muerte de todos aquellos por los cuales Él murió. En nuestra posición ante Dios, nosotros, como creyentes que somos, estamos en Él, la Roca hendida, plantados en su muerte. El Santo pasó a ser una maldición para los malditos, para que la maldita vida de Adán, pudiera ser clavada en la Cruz con el sustituto, el Cordero de Dios.

De modo subjetivo es la obra del Espíritu de Dios el aplicarnos el poder de la muerte y resurrección de Cristo, el ponernos interiormente en correspondencia con nuestra «posición» en Cristo, crucificados, sepultados, resucitados y ascendidos en el Redentor.

Los aspectos objetivos y subjetivos deben los dos ser reales para el alma por el poder del Espíritu Santo si «la vida salida de la muerte» ha de ser conocida en la realidad práctica.

Por nuestra parte, si hemos sido llevados por la misericordia de Dios a aborrecernos verdaderamente — nuestra «propia vida» (Le. 14:26), así como nuestros pecados— y a reconocer que todo lo que tenemos, podemos volvernos al Calvario, y ver que somos librados en Cristo, habiendo muerto para la carne (Ro. 8:6).

Dependiendo del Espíritu Divino, podemos apropiarnos de la muerte de Cristo como nuestra muerte, y contar con el influjo inmediato de la vida del Señor Resucitado, para que nos posea según la capacidad plena del vaso terrestre... A partir de este punto —la posición de la fe de que hemos sido crucificados con Cristo— podemos esperar que el Espíritu Santo dé testimonio, y haga «morir las obras del cuerpo» con un poder cada vez más profundo.

El Espíritu Eterno —que tiene a su cargo la aplicación de la muerte y la comunicación de la vida de resurrección de Cristo— nos hará llevar siempre por todas partes la muerte de Jesús. De este modo será manifestada en nuestra carne mortal también la vida de Jesús, y en el poder de su vida perdurable seremos activados para actuar de conformidad con su obra, que opera en nosotros con poder.